



María Sánchez de Mendeville

Cartas a Juan Bautista Alberdi

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

María Sánchez de Mendeville

Cartas a Juan Bautista Alberdi

I

Compadre : Echeverría me ha prometido venir a comer hoy conmigo. Vea Ud. si se tiente; pero no vaya a pensar que hay comida de ceremonia: los dos solos. Vea si está de humor y si hay noticias de Gutiérrez . Dígame si lo veremos.

Su afecta,

María Sánchez de Mendeville.

A las 4 o 5 comeremos. Jueves.

II

Querido compadre:

Siento mucho no tener el gusto de comer con Ud. hoy; pero más que sea por falta de salud. Víctor Hugo es de mi misma opinión: que el sistema de vida romántico es pernicioso, que esos estómagos no tienen irrigación, sino necesidad de tónicos, de buen vino y puchero; pero es preciso que el sistema del romanticismo de estómago vaya envejeciendo. Yo trataré de convencerlo cuando lo vea. Mientras, haga lo posible por estar bueno el martes a la noche y venga a tomar agua de goma aunque sea: es mi día de tormento ; quién sabe si cumplo un siglo. Como para nada me sirve saberlo, lo dejo así en el olvido. Pero quieren obsequiarme con un dúo de piano y arpa. No lo diga, no piensen que es tertulia; pero tendré algo bueno.

Cúrese y venga.

Su amiga muy afecta,

María S. de Mendeville.

N. B.: El libro es muy precioso. Se lo devuelvo con mil gracias y en consonancia del principio, le mando ese verso para que se ría; después le diré el autor.

III

Mi estimado Alberdi:

Necesito el Minuet de la Irresolución porque Magdalena lo desea y sólo espera el buen tiempo para embarcarse. Ya está su equipaje a bordo.

Considere Ud. cómo está mi pobre y sensible corazón que no tiene sino

pesares. Si Ud. está dispuesto para poner una sola idea en su álbum, se lo mandaré. No lo está uno siempre aunque lo esté el corazón, y por eso se lo pregunto, para no mandarlo. Esto entre los dos.

Su afecta siempre,

María S. de Mendeville.

IV

Buenos Aires, Abril 30 de 1849.

Mi apreciado Alberdi:

¡Cuánto gusto he tenido al saber de Ud. por el señor... .

¡Cuántas preguntas hace la amistad a la distancia! Pero todas las respuestas han sido lisonjeras. Sé que Ud. goza de consideración, que vive con su talento, y que tiene una excelente reputación en todo sentido. Lo felicito y me alegro de todo corazón. ¡Cuántas cosas le quisiera escribir! Pero estoy un poco enferma de los ojos; y así no extrañe si los renglones no están derechos y la carta corta. Tan sólo quiero probarle mi sincera amistad y aprovechar tan buena ocasión. Julio está en Montevideo y yo vagando sin encontrarme bien en ninguna parte. Hago la experiencia de que, cuando uno es desgraciado, quisiera estar viajando siempre, ilusionándose con la idea de encontrar lo que uno ha perdido.

Consérvese Ud. bueno y feliz, y crea que tiene siempre una verdadera amiga en su servidora,

María S. de Mendeville.

V

Buenos Aires, 16 de Enero de 1851.

Querido amigo:

Nuestro amigo Mariano será el portador de ésta y le dará a Ud. cuantas noticias quiera de mí. Mucho he agradecido el recuerdo de Ud., porque aprecio y me lisonjea su amistad.

¡Si nos volveremos a ver un día! ¡Quién nos hubiera dicho cuántos acontecimientos debían pasar para dispersar a todo nuestro círculo!

Esta consideración me entristece mucho y sólo suaviza este amargo recuerdo el pensar que nadie es profeta en su país y que algunos de mis amigos han hecho mejor suerte con salir de aquí. En mis sueños pienso, no sé por qué, que he de ir a Chile. Ahora está Mendeville en disponibilidad. ¡Qué suerte sería para mí que lo nombraran ahí! Al momento volaba. Tengo la suerte que mi corazón y mi cabeza no envejecen. Me parece algunas veces que soy joven. Es sólo cuando veo mis nietos que me saco la cuenta. Mariano le dirá cómo estoy fuerte y cómo estoy siempre rodeada de juventud. Voy al corriente del mundo y me alucino.

Voy a contarle a Ud. una ocurrencia. Fui a ver la familia de Gutiérrez y me hicieron tocar el piano. Hubiera deseado hacerle ver a Ud. la alegría y sensibilidad de María de los Angeles sobre todo. Al recordar a Ud. todas convenían que yo tocaba del mismo modo que Ud.; pero lo gracioso era que

hacía pocos días que Luis Méndez me había hecho el mismo cumplimento. Creo que tengo muchas simpatías con Ud. y no es extraño que exprese la música medio parecido a Ud. En mis pesares he tenido días de desesperación, mi corazón como en una prisión y mi espíritu en una completa soledad. Buscando cómo obligarme yo misma a encontrar algún lenitivo alguna distracción, me he reducido al piano y a otros trabajos femeniles, para los que no tenía simpatías, pero como el despotismo está a la moda; me he despotizado yo misma bordando, haciendo sonseras como las colegialas. Y así vamos viviendo, unos ratos como idiotas, otros volando a las altas regiones del pensamiento, corriendo los espacios, viendo que todo el mundo se afana para mejorar, y cada día peor. ¡Quién verá el fin de esta lucha universal! ¡Qué se hará después de destruir tanto!

Le he recomendado a Ud. un joven catalán que me recomendó Juan . Es un buen muchacho. Toca el piano: le he encargado le toque un nocturno, que es mi favorito. Es un pedacito lleno de sensibilidad, pero él no lo toca como yo. Ud. sabe que una misma cosa cada uno la toca a su modo. A pesar de tocarlo, no a mi gusto, verá Ud. qué lindo es. Ese pobre joven va a buscar fortuna. Veá Ud. qué puede hacer por él, es juicioso y muy decente. Así que Ud. lo vea, verá que tiene una cara de cordero, que no es capaz de hacer mal. Tiene el infeliz nombre y apellido original: Eliseo Cantón . Veá Ud. con esos nombres y esa cara lo que pueda hacer.

Adiós, mi amigo, crea que no lo olvido y le deseo salud y felicidad.

Su afecta amiga,

María S. de Mendeville.

VI

Querido Alberdi:

¡Con qué gusto he leído su librito y la linda carta del señor Urquiza para Ud.! Mucho me complazco en pensar que tendrá Ud. una página en nuestra historia, muy hermosa, porque ha trabajado siempre en consonancia con la dulzura de su carácter, con ese buen sentido que sabe unir la razón con el entendimiento y explicarse el modo que conviene a las necesidades de la época.

¡Cuánto gusto he tenido en hablar de Ud. con Gutiérrez ! ¡Pobre Gutiérrez, que tantos disgustos tiene en su posición! Le he encontrado muy envejecido, su salud también es débil. Me ha dicho que Ud. vive como es mi ambición de vivir en una casita con unos árboles y unos libros. Pero mi destino me ha sido ingrato siempre. He tenido que andar errante sin sacar ventaja de mis viajes, sino gastos e incomodidades. ¡Cuánto gusto tendría de verlo! Al menos me propongo de escribirle algunas veces, ahora que tenemos seguridad de correos y respeto al sello. Así le he de escribir muy largo algunas veces. Hoy me ha sorprendido el correo muy recargado de atenciones con mi sociedad de Beneficencia, donde nuevamente trabajo. Le deseo a Ud. felicidad. Su libro ha sido una inspiración oportuna.

Quiera Dios que lo lean todos y la lección sirva.

Su siempre amiga,

María S. de Mendeville.

Julio 24 de 1852.

VII

Querido amigo:

No puedo darle mayor prueba del placer que me ha dado su carta del 19 de Septiembre que recibí ayer, que contestándola hoy. ¡Ah, mi amigo, cuánto daría por una hora muy larga de conversación! Cuando me transporto a aquellos tiempos en que con tanto entusiasmo y verdadero patriotismo nos ocupamos de esta infeliz patria destinada... será mejor que no diga lo que siento y quisiera pasar de mi cabeza a la suya! ¡Cuán sorprendido será Ud. cada correo! ¡Qué porvenir! ¡Qué presente! Si tuviera la fe de que esta carta llegaría a sus manos sin tropiezo, le diría muchas cosas, pero cuando no hay seguridad, ni el pensamiento ni la pluma corren. Empezamos, mi amigo, un camino de peligros, de espinas, y mucho me temo que sea regado de sangre. ¡Ah, mi amigo, qué infelicidad, qué triste estoy, y cómo me acuerdo de aquellos tiempos! Nuestro Gutiérrez parece que sólo vino para experimentar disgustos. Ha pasado por duras pruebas. Apenas he gozado de su sociedad. Todas las furias se han venido a este pobre suelo. El otro día le han hecho duros ataques. Ud. verá los papeles. Nuestra sociedad es aquella misma. Le escribiré más despacio, como Ud. lo desea. Esta va al correo, y así escribo como si fuera a la Gaceta.

He escrito una recomendación para Ud., pero Ud. debe no olvidar que soy en estos desempeños muy discreta: jamás pediría lo injusto. No sé de qué se trata. Me alegraré sea conciliable con la razón lo que pretende mi recomendada.

Ya sé cómo vive Ud. y comprendo por experiencia el vacío del corazón. Mi vida es algo parecida a la suya, según Gutiérrez. Trabajos, libros y música: mi pobre piano recoge mis lágrimas muchas veces; divago en él muchas horas como una mecánica, sin saber lo que hago. Mucho deseo una quintita también, porque gusto mucho de eso, pero siempre viajando no me puedo ocupar de esto, que es para mí objeto de envidia poder plantar un árbol sin temor que lo arranquen. Mi vida es la de un hombre filósofo por fuerza más bien que la de una mujer, con la desgracia de tener corazón de mujer, cabeza de volcán, y no tener esa frivolidad del sexo para distraerme. Mis afecciones dispersas por el mundo y en una profunda soledad en medio de la más numerosa sociedad.

Mucho gusto tendré en recibir sus cartas; pero no deseo verlo aquí. Nadie es profeta en su país, y en este más difícil aún. Créame, cuide sus plantas y compadézcanos. He escrito a Carlos por Peña, porque le he hecho una librancita por él.

¿Cuándo nos veremos? ¡Qué gusto sería para su invariable amiga!

María S. de Mendeville.

Buenos Aires, Noviembre 15 de 1852.

VIII

Señor Don Juan Bautista Alberdi:

Mi amable y consecuente amigo: ¡Cuánto me complazco en pensar que Ud. está en esa Europa tan deseada por mí, y que esté Ud. con un carácter que tanto merece por sus talentos y sus trabajos! El tiempo ha justificado mis predicciones y tengo vanidad en pensar la linda hoja que tendrá en nuestra historia. Ud. es el joven que a mi juicio ha utilizado mejor su tiempo y ha unido a esto los sentimientos nobles del corazón. Ud. ha desarmado a sus enemigos con dulzura y ha triunfado con las armas de la razón y la moderación. Quisiera que fuera Ud. el modelo para nuestras prensas llenas de personalidades groseras. Sus cartas me han encantado. Así me gustan las polémicas, utilizadoras. Nuestro pobre amigo se ha engañado, a mi juicio, y se ha perdido. Está en este momento siendo el blanco de algunos que no tienen su moderación y lo ponen en ridículo de un modo cruel. Creo se ha llevado un gran chasco y que no debe estar contento.

IX

Buenos Aires, 1º de abril de 1856.

Mi querido amigo:

Mucho placer he tenido en recibir su cariñosa carta de París y mucho me lisonjean y agradezco las finas expresiones con que su generosa amistad me favorece. Nadie apreciará más que yo todo lo que vale esa fina amistad. Nada entre tantas penas que sufría nuestro patriotismo, y conservada con tanta constancia, cosa de que podemos tener orgullo porque en nuestra pobre patria no es esto lo que abunda. Sí, mi amigo, yo tengo orgullo por su amistad, y lo tengo por su talento, por su conducta. En aquellos tiempos aciagos Ud. era el solo hombre político que hacía las opiniones a mi gusto: con nobleza, con razones, con justicia. Después de la lucha, generoso de altura. ¡Ah! Yo se lo agradezco a Ud. y le agradezco cuanto ha escrito, porque todo es bueno y útil. ¡Cuántos pesares he tenido por los escritos de otros amigos y aun de mi pobre hijo ! Ud. tenía la prudencia de la vejez y el fuego de la juventud y el resultado no me ha engañado: el que esperaba que Ud. obtendría. En este momento que está Ud. en ese gran mundo, bien cierta estoy de lo bien que sabrá apreciar todo, y las simpatías tiernas que encontrará por todas partes.

Con mucho gusto leí lo que Ud. me dice sobre la buena inteligencia con que está con mi querido hijo Balcarce . No lo dudo: viven los dos en un mundo donde se comprenden bien todas las cosas. Yo soy en política como en religión muy tolerante. Lo que exijo es buena fe. Esto de tolerancia no se entiende aquí. Si tiene Ud. la paciencia de leer nuestros diarios, se sonrojará Ud. al leer el lenguaje en que se insultan los adversarios. Pena me da bajar de la dulce esfera de nuestra amistad para hablarle de nuestra situación.

Los grandes escritores que arrastran popularidad son Sarmiento, Juan

Carlos Gómez y lo que a Ud. le sorprenderá, Héctor Varela , que quiere especular siempre con la memoria y el cadáver de su padre. Se ha puesto a hacer una oposición desenfrenada a la confederación. Se llama progreso el desunir los espíritus y los pueblos. Se atizan los odios de partido y se cierra la puerta a toda conciliación. Siempre con el mazorquero y las mismas majaderías. Estos individuos quieren vivir en grande sin más renta que su pluma. Desgraciadamente su diario tiene popularidad porque lo llena de cuentos, de bromas, de mentiras y tan grandes que al día siguiente se desdichan ellos mismos. Su corresponsal en Corrientes les anuncia una revolución (siempre mandada en secreto por Urquiza) los Virasoro a la cabeza, etc., etc. A los tres días llega el correo: no hay nada, ha sido una noticia falsa. Así las desmienten con la mayor frescura mientras han hecho el mal. Urquiza, el obstáculo a la grandeza y prosperidad, es preciso echarlo abajo, anularlo. Este es el objeto de estos señores. Hay voces que entran en moda. Ahora es los caudillos. Estoy aburrida de oír esta majadería. ¡Qué sería la Francia si no tuviera el caudillo Napoleón! Lo divertido es ver que no tienen un jefe de bravura, de inteligencia, que vaya a echar los indios que arruinan el país. Y gritar caudillos que quieren formar colonias y quieren gastar la mitad para mantener en paz a los infelices indios, civilizar y atraer a estos desgraciados salvajes, a quienes se reduce a la desesperación, quitándoles los terrenos y los auxilios de las yeguas que les daba Rosas. Se habla de inmigración como el solo remedio de nuestros males; pero inmigración sin cuidado, sin planes, sin costumbres, sin respeto a la ley, es una arma más y no un remedio. En la guerra civil, los italianos, la legión valiente, ha hecho horrores. Para cada hijo del país tiene Ud. veinte barcos y otros tantos italianos. ¿Y quién dirige esta masa el día que se les ponga un capricho? Aquí no hay un punto de apoyo, no hay nada. Anarquía en todo. No hay leyes sino en el papel y Ud. las ve quebrantar a cada momento. Frías empezó con un periódico serio y religioso a querer metodizar. Se ríen de la religión. Es preciso darle a las virtudes otro nombre si Ud. quiere que lo escuchen. Le dicen Fray Frías. Crean que es atraso hablar de religión, a lo que se agrega que se fijan en las prácticas y no en el dogma y buena moral. Decirle a Ud. la lluvia de papeluchos contra estos campeones que le he indicado, sería preciso escribir una resma. A Sarmiento le dicen las mayores injurias, a Gómez le han publicado sus desgracias en Chile y otras cosas peores. Ya sabe Ud. el lenguaje de Sarmiento cuando se enoja. Decía en una reunión: Ya que no se han podido educar las criaturas, vamos a educar ese burro de Peña . Ya ve Ud. qué es fino el maestro. Se han puesto en la cabeza que Peña debía ser gobernador cuando acabara éste. Ellos quieren a Mitre , y ésta es la lucha en que estamos para las elecciones que se preparan borrascosas.

Aquí suspendí ésta para concluirla después de pasado este gran acontecimiento. Me imagino que Ud. tendrá los diarios. Los Varela habían anunciado las elecciones como un acontecimiento que encerraba: rechazar el caudillaje y el Acuerdo de San Nicolás, adoptar la revolución del 11 de Septiembre como la que nos dio la libertad, etc., etc. A la mayor sorpresa

de todo el mundo, este pueblo, apático en estos casos se ha mostrado de un modo increíble. Ha sostenido una lucha como Sebastopol. Los que seguían la lista amarilla, que eran los que se dicen progresistas, los Varela , etc., etc., se valieron de todo. Cuando vieron que las perdían, tropas de adictos embestían las mesas con cohetes que queman, y en la Concepción, se subieron a los techos y a la torre, sacaron los ladrillos y tiraron.

Hubieron muertos y varios heridos. Estos grupos corrían de mesa en mesa a turbar las elecciones que perdían. Y los hombres son casi los mismos: era por el principio que habían querido establecer. No sé lo que podremos pensar de esto, sino que el pueblo piensa y deja la apatía. La desgracia es que no haya talentos sino para el mal. Siempre en guerra civil es muy triste, y no veo el término de nuestros males. La sola indicación que vienen ministros de Francia e Inglaterra, ya hay oposición, porque creen que vienen a intervenir. Odian a Urquiza más que a Rosas. No veo cómo se pueda esperar una unión de estos dos pedazos. Y esto es muy triste. No lea Ud. esta carta a nadie porque aquí me dan el título de urquicista y aunque no me ofende, no quiero que digan murmurios de esta gente, que quisiera tuvieran más patriotismo. Puede ser que yo esté engañada.

En un buque que irá a Burdeaux le mandaré un libro y otras cosas que su autor le manda por mí. Montevideo es un volcán y entre el desorden le han quitado a Lorehile su consulado para otro ahijado. He sentido mucho esto porque era acreedor de otra cosa. Pero no se puede Ud. imaginar cómo está aquello. Téngalo Ud. presente: es una persona muy bien y servirá con satisfacción. Tiene todo talento y honradez: se lo recomiendo.

Julio, padre de familia, lo quiere a Ud. siempre; pero no espere sus cartas. Carlos bueno, vive conmigo, con su Elisa. Están en el campo por unos días. Me escriben lo recuerdan con cariño.

No se olvide de mandar sus obras y una memoria que Ud. ha escrito últimamente, que deseo conocer.

Conservo su recuerdo en mi pobre álbum que ya está lleno. Mr. Rugendas se encargó de mandarme otro y no sé de él. Le di para que me lo comprara, y no sé nada de él, ni dónde está. Mi álbum será una curiosidad algún día por las capacidades que encierra. ¡Cuántas cosas han pasado desde aquel tiempo! Pero no ha pasado nuestra amistad. Consérvese Ud. bueno y dichoso, goce de ese París por el cual yo suspiro, admire tanto como hay en él y no se olvide de su vieja amiga,

María S. de Mendeville.

X

Junio 26 de 1859.

Mi siempre apreciado amigo:

Aunque Ud. me ha olvidado, yo quiero probarle mi constante amistad, porque me lisonjeo que su olvido no nace del corazón, y así aprovecho con gusto la buena oportunidad de nuestro amigo el señor Barros.

Me ha dicho Malena que por Natalia sabía que Ud. iba a Madrid. Yo me alegraré se vea Ud. con Juan , pues cada uno puede seguir su camino y

conservar la amistad, pero esto no lo pueden practicar todos. Yo deploro, amigo mío, los sucesos que tienen divididas las capacidades de nuestro país, en que era tan precisa la unión. No puedo conformarme con esta guerra. Pedir a los presidios de Europa emigración, pues no es fácil vengan muchos buenos, y matarse la poca población del país y vivir aborreciéndose, inventando palabras de partido en lugar de inventar cosas útiles. Esto es lo más triste. Mi vida ha sido siempre un tejido de penas y males por esta política, y a mi vejez, veo mis nietos con el fusil en lo más encarnizado de la guerra. ¡Cuánto daría por irme a Europa! Más que nunca deseo alejarme de mi pobre patria, porque preveo una terrible y prolongada lucha, cualquiera que sea el triunfo. ¡Y qué triunfo! ¡Tan triste y por unos pocos! Pero es inútil hablar de esto. Esta pobre América tiene la maldición del eterno, a mi modo de ver, y nosotros nos moriremos envueltos en esta misma maldición. Y ni fama póstuma hay aquí, porque los más nobles hechos se desfiguran, según el que los escribe. Así, mi amigo, la hemos hecho buena de querer ser ilustrados: éstos son los verdaderos mártires.

Por fin, puede Ud. aturdirse algunos ratos, pero aquí no hay más que penas. Ya ve usted este amigo peregrino. También no hay paciencia. Adiós, mi amigo, veo que le he escrito un responso. Perdón y crea que no lo olvida su amiga,

María S. de Mendeville.

XI

Buenos Aires, Julio 18 de 1860.

Querido amigo:

¡Cuánta será su sorpresa, su alegría, su satisfacción, al leer las cosas que le lleva este paquete! Yo no quiero dejar de darle un cordial abrazo y de charlar un rato con Ud. pues ando en este París de función en función con los altos personajes, y me falta el tiempo. Así, con la anticipación de la fecha que Ud. ve, escribo ésta. Sería preciso una semana o un tomo en folio para ponerlo al corriente de los grandes sucesos que nos ocupan. El General Mitre se ha conducido con gran habilidad y valentía: se ha hecho gobernador por el partido exaltado y ha hecho la paz, dejando sorprendido a su mismo partido. Imagínese Ud. la sorpresa de oír decir que venía Urquiza y Derqui, desde que salió de aquí Vélez, en quien por los viejos antecedentes de los Tratados de San Nicolás... no tenían muchos confianza. En fin, todo ha sido tan pronto que no se puede explicar si todo estaba arreglado hace tiempo. Hay antecedentes delicados para exponerlos en una carta. Lo que vemos es lo que voy a contarle. Se anunció la llegada de los señores indicados a quienes se había preparado alojamiento como en París, y cada uno según su gusto. Más de seis mil almas llenaban el bajo. Los buques de todas las naciones ofrecían sus botes; así era un cuadro lo más lindo, lo más lucido y de alta trascendencia, como Ud. comprende. El mayor respeto en esta concurrencia. Ni una voz impolítica. En un gran grupo de extranjeros hubo vivas a

Urquiza; pero después, silencio. Siguieron en sus coches después de haberse abrazado en el muelle, al desembarcarse el señor Derqui y el señor Mitre, y después el General Urquiza con Mitre, y todos en grande armonía y acompañados por inmenso concurso llegaron a sus alojamientos.

El General Urquiza, muy conmovido, a cada momento estaba enternecido. Tiene gran corazón este hombre. Está alojado en la quinta que Ud. conoce, cerca de Barracas, que fue de Mr. Kinlay, y que hoy es de Lezama . Es una casa preciosa, arreglada a la europea y ricamente adornada. Había sido ofrecida por él al señor Urquiza. Esto es una romería. No hay un momento que no esté lleno de gente rica y pobre a las que socorre con liberalidad. Yo observo hace largo tiempo a este hombre, y creo, mi amigo, que tendrá en la historia una hoja de oro para el que escriba con imparcialidad. Encuentro tanto más grande a este hombre, que, según dicen, no tiene instrucción, no ha leído, todo en él es instinto pues; y naturaleza, no imitación. Perdona con grandeza y esto a mis ojos vale mucho. ¡Cómo han insultado a este hombre esos niños Varela! Hasta el último momento lo han llenado de injurias con el tono más bajo y más miserable: el diccionario de Rosas lo habían agotado. Hasta su señora, él la ha traído, y se ha ganado los corazones, porque es muy simpática, y se conduce como la europea de más altura podría hacerlo. Créame Ud.: un viejo amigo me decía cuando era yo joven y lloraba las injusticias de la envidia: Adelante, nadie pierde opinión; es mentira: hay un día que se reconoce y aprecia lo que cada uno vale. Veo, pues, esto realizado. Cuando yo me acuerdo, mi amigo, que al Señor Rivadavia aun sus amigos no se atrevían a acercarse algunas veces, y veo que todos se acercan a este hombre con tanta familiaridad, y que tiene la paciencia de escuchar ¿no es un mérito? En fin, está la gran obra, sino concluida, muy adelantada.

Vamos a mi pobre Juan , que a mis ojos le han hecho hacer un triste papel. Yo sospecho que el tratado será ratificado, dejando a un lado esta ciudad. Pero ¿qué cara hará Juan cuando vea que el castillo de cartas que habían hecho los muchachos, vino el viento y lo echó al suelo? No hay nada que ciegue más que el espíritu de partido. Y es raro ver a los hombres que no se ciegan. Ud. ha sido por mí muy apreciado siempre, porque en aquellos tiempos de lucha hablábamos con calma, y Ud. excusaba los hombres. El pobre Juan está informado, de modo que mis sanos consejos debían parecerle cosas de partido. Pero yo en mi rincón, con mi experiencia de la vida entera, pasada en estas miserias, veía las cosas de otro modo; pero él creía faltar a su deber de dar un paso fuera de la línea que le trazaban; y no sé cómo quedará. Se dice que irá de Ministro un doctor en Medicina, Luque , y no sé cómo quedará Juan. Ahora creo que podrán hablarse Uds. y renovar su amistad. Así lo espero y que Ud. lo recomiende a Juan, pues podrá ver sus buenas relaciones en Madrid.

Adiós, mi amigo, espero verlo, y mientras me repito su muy amiga,
María S. de Mendeville.

Buenos Aires, 13 de Junio de 1861.

Querido amigo:

¡Cuánto tiempo que no sé de Ud. sino por los diarios! Mucho he deseado escribirle, pero hace mucho tiempo que no salgo de una pena cuando me viene otra: cada paquete trae un luto, y así no escribo por no hablar de desgracias. Y para consuelo viene la política, y ya puede Ud. pensar lo que será este purgatorio, o más bien infierno; porque no tengo esperanza. Esta carta la lleva mi nieto Ricardo Lezica, que se lo recomiendo a Ud. con el mayor interés. Este niño es mi ídolo y cuando Ud. lo conozca verá que tengo razón.

Quiéramelo Ud. Hágale ver ese mundo, esas bellezas en todo sentido; ese París donde se comprende la vida y lo que vale. ¡Ah, mi amigo, qué cruel ha sido el destino conmigo! Tan europea y no poder ver esa Europa. Cada día me alejo más de ese centro porque he suspirado siempre. Dichoso usted y los que pueden gozar. Le deseo a usted prosperidad y le pido de no olvidar a esta su amiga.

Este joven ha empezado a sentir una palpitación en el corazón, que nos ha afligido mucho, y los médicos aconsejan un viaje, que se ha decidido dos días antes de salir el paquete, de modo que estamos aturcidas con el pesar de verlo salir a correr este albur, y nos quedamos, como usted puede pensar, hasta saber el resultado.

Adiós, mi amigo, no lo olvido y soy con la mayor sinceridad su verdadera amiga,

María S. de Mendeville.

XIII

Buenos Aires, Marzo 13 de 1863.

Mi querido amigo:

Me había propuesto escribir a Ud. una larga carta, y había convenido con nuestro amigo Borbón que vendría a tomarla para este paquete, lejos de pensar la tempestad que iba a caer sobre mi pobre corazón. Así será bien diferente el tema de ésta, y bien comprenderá Ud. de lo que voy a hablarle; pero contando con usted como conmigo misma, sin ningún exordio voy a darle a usted un gran petardo. He convenido con Julio que usted será su apoderado para representarlo en las gestiones que serán precisas para recobrar la herencia de su padre, y que yo nombraré a Mr. Prelig, amigo como usted sabe que ha representado a la familia en estas tristes circunstancias. Creo por mi parte un deber en darle públicamente esta prueba de mi confianza, pero este amigo fiel le pide a Enrique con encarecimiento de no nombrarlo, tal vez teniéndolo a usted como un compañero y pudiendo usted tomar el trabajo, él acepte, y si no mando mi poder con calidad de sustituirlo y le pido de nombrarlo a usted también. Pero ¡en esta distancia, y sin tener ninguna luz sobre las cosas de mi marido! Conociendo su amistad de usted para mí, voy a hacer a usted y a Mr. Prelig una prevención. Si después de conferenciar ustedes sobre esto, creen más prudente, más diplomático, más útil para mis intereses nombrar a

Mr. Herard, el banquero que me ha ofrecido sus servicios, entonces que lo nombre Prelig, quedando Ud. por Julio. Es lo mismo, pues Julio y yo somos lo mismo, y nos entendemos en todo. Tal vez este hombre les podrá servir para mi viudedad, que me dicen tengo derecho a ella. Si usted y M. Prelig pueden quedar solos, mejor; pero si no, hagan lo que les indico, en la inteligencia de que lo que hagan los dos, o usted solo será aprobado y agradecido por mí.

Como lo primero será hacer un inventario, voy a hacer a usted un encargo: debe tener papeles de mi familia, de deudas que cobrar, etc., etc. Esos papeles me pertenecen y como no sé si se venderán sus cosas, reclamo los retratos de familia, y pido a usted vea si existen dos grandes medallas de plata: una de la batalla de Salta y otra de Tucumán, y una de oro de la entrada en Lima, de San Martín . Estas medallas me fueron mandadas por los dos generales, honor que pocas personas tuvieron, pero que ninguna señora de mi país tuvo, y usted comprende cuánto gusto tendría en recobrarlas. No me atrevería a decir esto a otro que lo graduaría de trivial, pero usted sabrá excusarme, porque no sabiendo el origen, lo creería usted propiedad suya, y yo tendría un gran placer en tenerlas. No sé si en este paquete irán las fées de casamiento y bautismo; pero va el poder, y lo que falta irá en el paquete del 29.

Perdone usted, mi amigo, que abuse así de su fina amistad. Nadie satisface mis ideas para esto como usted, y la confianza con que le hablo se lo prueba. Hágame usted este servicio que se lo agradecerá mientras respire su desgraciada amiga,

María S. de Mendeville.

XIV

Buenos Aires, Mayo 27 de 1863.

Mi apreciado amigo:

He tenido una grave enfermedad de la que no creí levantarme, y por la primera vez en vida he estado veinte días en cama. Hace tres días que estoy en convalecencia y mi pulso está muy flojo. Cuento los días para tener cartas de usted, pues, cierta de su amistad, no dudo que habrá aceptado mi encargo. Lo que temo es que cuando vea usted nuestros intereses ya habrán otros hecho diabluras.

He sido informada que una banda negra, unos individuos que han guardado el anónimo, han propuesto a mi cuñada que ellos recogerían la herencia haciendo un pleito para desheredarnos, tomando por base que mi casamiento es sólo religioso y no civil; que harían los gastos y todos, cobrando la tercera parte y hay quien sospecha que Mme. Suchet está en la banda. Yo he encontrado muy extraño que no me haya escrito esta mujer un renglón para darme noticias naturales en estos casos, de su enfermedad y fin.

Otra cosa que yo había creído que los sellos se debían haber dejado hasta que hubieran llegado nuestros poderes; y he sabido que han vendido los muebles de Nanterre y alquilado la casa. Siendo propia había una razón más para no precipitarse. Temo, con más razón, hayan vendido lo de París, y no

nos quede ni una memoria de él. Le pido a usted de mandarme los retratos de familia, sobre todo una miniatura mía con mis tres hijitos. Que lo acondicionen bien para que no se deteriore.

Mucho me temo que hemos caído en malas manos, y no veremos sino pleitos. En cuanto al matrimonio, según las leyes de nuestro país, es la curia eclesiástica la que hace el contrato que he mandado, y la fe del cura del matrimonio religioso. También he extrañado que el administrador me decía me iba a mandar el inventario, y dos paquetes han venido sin cartas. No sé si el que llega el treinta me traerá otra incomodidad. Siento en el alma la conducta de Mr. Prelig, pues yo pondría el sello de su fina amistad mirando eso, y sospecho que Mme. Suchet habrá sido la que todo habrá dirigido. Y, ¿de qué modo podremos reclamar? Yo creí que si el administrador podía disponer así, excusado eran los sellos. Parece que los anónimos de que hablo a usted dijeron que habían visto papeles y que habría ochenta mil fuertes, cosa que no creo, pero doy a usted estos datos para su inteligencia. Nos han dicho que tenía unas minas en Quito: vea usted si las descubre.

No tengo idea del testamento que dicen es un simple papel, donde se aseguran los diez mil francos de Mme. Suchet y lo demás para mis dos hijos. No parece que estos hijos tienen madre. No quiero pensar en tal ingratitud, y si no fuera por mi conciencia, ni me ocuparía de esto; pero mis primeros hijos serían ricos, y yo debo ver si recobran una parte de lo perdido para la masa de mi fortuna, que por una razón natural pronto se repartirá entre todos. Debo decir a Ud. que mis dos Mendeville me han manifestado tanta ternura en esta ocasión, que me han hecho olvidar las injusticias de su padre. Los hombres, cuando dan un mal paso, para que su conciencia (si la tienen) no les atormente, se persuaden que hacen bien. Tengo experiencia de ello. Voy a hablar con Ud. como con nadie. He hecho acciones con mi marido más que heroicas. Dos veces ha estado su consulado en el suelo; yo lo he levantado. Mil veces por sus locuras habríamos estado en el fango, y mi prudencia y paciencia lo tapaba todo. No le he dado un disgusto: mi fortuna a manos llenas. Conocí a este hombre el más infeliz. Había venido por un desafío desgraciado, y confiado en tomar servicio aquí. Pero las circunstancias lo aterraron, y se vio reducido a dar lecciones de música. Me casé con él, y mi fortuna fue suya. Yo no tenía más voluntad que sus caprichos. Fui muy infeliz; aquí que hay tanta envidia, creían que había gran diferencia en nuestra edad, pero yo tenía dos que aspiraban mi mano, en todo sentido mejor que él. Pero creí que por un hombre caballero que hacía yo tanto no lo olvidaría, y en la edad de la razón reflexionaría y me agradecería tanto; pero me engañé. Esto es un desahogo de mi corazón; pero no hablemos más.

Mi enfermedad ha sido un derrame de bilis espantoso; los médicos están asombrados de la fortaleza de mi constitución. Pero estoy muy flaca y muy débil, aunque les escribo a los de Europa que estoy buena.

No quiero dejar de decirle algo sobre política: el horizonte tiene nubes de todos lados. En todas las provincias hay montoneras, y aunque hay derrotas continuas, hay la misma situación. En la Banda Oriental ha

invadido Flores : segundo tomo de lo que fue Oribe . Aquello, que marchaba muy bien, está muy agitado. Aquí estamos en fiestas mayas muy divertidas. Como no sé la dirección de Ud. le dirijo a Prelig; pero como en ese mundo se hila muy delgado, arregle Ud. esto para abonarle a Mr. Prelig y lleve Ud. su cuenta corriente con la herencia.

En este momento recibo carta de Carlos, me dice que si hubiera sabido a tiempo, lo hubiera nombrado a Ud. pero que creía que se entenderá usted muy bien con Mr. Herard. Yo lo he encargado de mi viudedad. Infórmele usted del proyecto subterráneo que nos están haciendo. Bueno también es que usted no olvide que cuando me casé no había aquí autoridad francesa, pues fue Mendeville el primer cónsul francés. Quiera el cielo que salvemos algo.

Me repito su amiga siempre,
María S. de Mendeville.

N. B: Temo que los diez mil francos que había en poder del banquero se los hayan dado a Mme. Suchet. Si no es así, creo que debe esperar a que se liquide todo.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

